

JOSE LUIS CUEVAS ILUSTRA SU MUNDO

José Luis Cuevas irrumpe un día, muy joven, en el panorama del arte mexicano. En aquel entonces, los continuadores de la "escuela mexicana", los imitadores de Diego Rivera y de Siqueiros, trataban con fuerzas insuficientes de eternizar un movimiento que sin duda, había tenido sus tiempos de esplendor. Entre tanto, habían surgido otras tendencias, otros talentos. Ya Chucho Reyes, Juan Soriano, Lilia Carrillo, Manuel Felguérez y otros estaban haciendo una pintura radicalmente distinta de la de los muralistas: pintura fantástica, pintura abstracta. Cuevas, en cambio, es un artista figurativo. Y con su temperamento rebelde, iconoclasta, su bravura y valor se dirige directamente contra aquellos epígonos, los combate, por así decirlo, en su propio terreno: el arte figurativo.

Desde un principio, un clima de sensación y escándalo rodea a ese niño precoz, ese joven superdotado, que además de trabajar, escribe artículos, da conferencias, ataca y polemiza, todo con tanto talento como agresividad. Pero sobre todo trabaja. Dibuja: con furia, obsesivamente. Su mano, asombrosamente segura, fija lo que le dicta su casi inagotable imaginación, una imaginación nutrida de su observación de la realidad, de las realidades que a él le es dado ver: los manicomios, las cárceles, los lupanares, los anfiteatros de medicina. Siente la fascinación de lo anormal, lo grotesco, lo horroroso. Pero en su visión todos los fenómenos del mundo se vuelven repugnantes y monstruosos. ¡Qué poco se necesita modificar una cara, un cuerpo, para hacerles cobrar un aspecto grotesco o terrorífico, sin que dejen de ser cara y cuerpo reconocibles, identificables, "verosímiles"! , sin que traspasen ese límite que los convertiría en caricatura.

"Es siempre un gran artista, a veces horripilante. Su gran mérito consiste en crear lo monstruoso verosímil. Nadie ha osado tanto como él, en el sentido del absurdo posible. Todas esas contorsiones, esos rostros bestiales, esas muecas diabólicas están penetrados de humanidad....La línea entre lo real y lo fantástico es imposible de captar!"

Estos renglones los escribió Baudelaire. No se refería precisamente a José Luis Cuevas, que nació en 1934, setenta años después de la muerte del gran escritor francés. Se refería a Goya, pero lo que dice puede aplicarse sin reservas también a él.

¿Sin reservas? ¿Esos dementes e idiotas, esos seres contrahechos en cuerpo y alma, esa carne fofa, putrefacta, asesinada, ese submundo, está captado con un sentimiento humanitario? José Luis sería el primero en negarlo. Y lo ha negado. Que representa al mundo tal como lo ve. El "he visto" de Goya.

Pero sí hay compasión y hay ternura. Pero sus obras, más que esto, reflejan angustia. La angustia de un hombre infinitamente vulnerable, de un testigo traumatizado por lo que acontece en nuestro mundo. Dibujando sus monstruos se defiende contra el ultraje que significa su existencia -existencia real e imaginaria- y se libera pasajeramente de ellos. El arte de Cuevas es una especie de conjuro mágico.

Un conjuro no eficaz del todo. Si lo fuera, no habría en casi todas sus obras una zona de ambigüedad total, donde están en eccecho los horrores aún no convertidos en forma y por lo tanto mil veces más horribles, que tal vez el artista no se atrevió a plasmar.

El mundo de José Luis Cuevas gira en torno a José Luis Cuevas. Angustiosamente encerrado en su mundo, llamado José Luis Cuevas, él es su mundo. Así se explica el hecho de sus innumerables autorretratos. Todos los días reta al espejo -ese espejo que aparece tantas veces en sus obras-, a menudo varias veces, y se cuenta que en una mañana dibujó veinte autorretratos. Son sus aliados contra el universo de sombras que lo rodea, en esa lucha incesante -de frentes nunca bien definidos -que es su vida y su obra. Gritan a los monstruos que lo persiguen: aquí estoy yo. Como un alto, cuando su presencia es demasiado amenazante.

Oír hablar de la "belleza" del arte de Cuevas, sorprenderá a muchos. Es sumamente frecuente que se confunda la hermosura de las figuras representadas -es decir, la hermosura física- con la belleza artística. Para explicar esta diferencia se ha citado a la "Hille Bobbe" de Frans Hals, esa mendiga de fealdad monstruosa -aunque de una monstruosidad diferente de la de las figuras de Cuevas-, que como pintura es de lo más espléndido que ha creado el arte europeo en muchos siglos. Otro ejemplo serían las obras de Bacon, cuyo tema muchas veces nos estremece de horror y que, como arte, son de una elegancia y belleza difícilmente superables.

¿En qué consiste la "belleza", o digamos, el alto rango estético de los dibujos de Cuevas? En su soberbia imaginación plástica; en su técnica creativa, que en los últimos años ha cobrado un refinamiento extraordinario; en el encanto gráfico de su blanco y negro; en su composición; en el tratamiento del espacio, la forma en que lo hace hablar o callar; en el movimiento y la calidad de la línea. Pero, ante todo, en la tremenda expresividad de su obra.

Todo esto lo documentan una serie de litografías, gentilmente donadas al Museo de Arte Moderno dependiente del INBAL, por la Galería Tasende, de Acapulco: "La Maga", "El poeta en el comedor", "El acróbata tatuado", "La rue des mauvais garçons", "La gigante en el estudio de Matisse", "War surplus", "Los gigantes" y la

página titular de "Cuevas Comedies". Mientras que en la mayoría de sus dibujos Cuevas se limita al blanco y negro, emplea en esta serie el color, una gama reducida de colores apagados, ocres y lilas, a los que se agregan tonos de oro y de plata. Este dibujante -magistral dibujante-, ¡qué delicado sentido del color tiene!

Cuevas, muy joven aún, alcanzó renombre internacional, y su fama va en aumento constante. Pero su enorme éxito no ha podido redimirlo de su angustia, no ha podido introducir una chispa de alegría en los ojos redondos, sin pestañas, de sus figuras, en su mirada triste o feroz. Arte sombrío el de Cuevas, en que aun el humor, que de vez en cuando aparece, es humor negro. Obra sombría. ¡Obra maravillosa!